



EMPIRIA. Revista de Metodología de las
Ciencias Sociales

ISSN: 1139-5737

empiria@poli.uned.es

Universidad Nacional de Educación a
Distancia
España

Razquin Mangado, Adriana

Erosión de la participación ciudadana en la movilización social: Cierres organizativos y
repliegues sobre el capital escolar

EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales, núm. 33, enero-abril, 2016,
pp. 65-87

Universidad Nacional de Educación a Distancia
Madrid, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=297143503003>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Erosión de la participación ciudadana en la movilización social: Cierres organizativos y repliegues sobre el capital escolar¹

*Citizenship participation erosion in the social mobilization:
Organizational closings and withdrawals on the school capital*

ADRIANA RAZQUIN MANGADO

adrianarazquin@gmail.com (ESPAÑA)

Recibido: 15.06.2015

Aceptado: 11.11.2015

RESUMEN

El artículo comienza explicando el trabajo que debe realizar cualquier movimiento social para sostener un grado de generalidad suficiente sobre la causa que se defiende (y de manera más general para poder articular buenos procesos de enmarcado). También se describen las competencias y habilidades necesarias para afrontar ese trabajo colectivo desarrollando las nociones de capital escolar y capital militante. A continuación se presentan dos momentos etnográficos escogidos de un trabajo empírico sobre el movimiento 15M donde se muestran dos formas diferentes de cierre a la participación. En un caso, el cierre se sostiene sobre una colonización de la dinámica asamblearia por parte de la cultura escolar y en el otro, sobre la cultura organizativa cuyo desconocimiento solo podía ser solventado con altos conocimientos técnicos muy especializados. Para terminar se plantean algunas reflexiones y se recogen instrumentos y estrategias para tratar de contener las derivas organizativas que terminan traducándose en cierres a la participación.

¹ Este trabajo forma parte de un estudio en desarrollo sobre dinámicas de jerarquización de la participación en asambleas igualitarias en el marco del Proyecto I+D “La recepción de la filosofía grecorromana en la filosofía y las ciencias humanas en España y Francia desde 1980 hasta la actualidad” FFI2014-53792-R (2015-2017).

PALABRAS CLAVE

Cierres, participación ciudadana, capital escolar, capital militante, etnografía, movimientos sociales

ABSTRACT

The article begin exposing the work that it have to do any social movement for holding an enough general degree about defended cause (and in a general way for articulate a good frame processes). Also there are described the competences and skills necessities to face this collective work carrying out the notions of school and militant capital. After that, there are introduced two ethnography moments selected from a 15M movement empirical research where are explained two different participated closing forms. In one case the closing is supported on a scholar culture colonization of the assembly dynamics and in the other, on the organizational culture whose ignorance only it could be settled with very specialized high knowledges. To end there are suggested some reflections and collecting instruments and strategies for trying to curb the organizational drifts that ending turn into participation closings.

KEY WORDS

Closings, citizenship participation, scholar capital, militant capital, ethnography, social movements

1. INTRODUCCIÓN

El énfasis sobre la participación ciudadana en diversos procesos de movilización colectiva viene atravesando el panorama político del Estado español desde hace varios años (décadas si vamos más allá del tiempo político que abrió el inicio de la crisis financiera): desde la paralización de desahucios, la lucha contra el paro, el freno de procesos privatizadores de la sanidad, la educación, los servicios sociales y jurídicos o la defensa de los derechos sexuales y reproductivos, a la conquista de espacios de representatividad en las instituciones.

Sin duda la irrupción del movimiento 15M y todos los procesos que lo propiciaron, resonaron y colaboraron con él, han impulsado una sacudida contundente del campo político colocando en el centro del debate dos elementos fundamentales e íntimamente ligados. a) La necesaria transformación de su lógica estructural, cuya dinámica estaba completamente ordenada sobre la ruptura entre representantes y representadas, entre los y las profesionales de la política y el mundo profano; y b) la convicción de que las decisiones políticas solamente serán efectivas y eficaces para las poblaciones a quienes dicen

representar (o ir dirigidas) cuando éstas mismas tomen parte de los procesos de deliberación, representación y toma de decisiones.

Con la voluntad de movilizar, desde las ciencias sociales, herramientas para comprender las condiciones sociales en las que puede desarrollarse esta apuesta de radicalidad democrática; el presente artículo se propone explorar algunas dinámicas organizativas que habitualmente desembocan, aún de manera involuntaria, en cierres a esa deseada participación ciudadana (que implica, ineludiblemente, heterogeneidad respecto de las posiciones sociales y estilos de vida) en aquellas organizaciones que pretenden impulsarla.

En concreto, exploraré el caso de algunas dinámicas que terminan por imponer como criterio de entrada a la participación (en un momento deliberativo del proceso colectivo, en un grupo de trabajo en particular, o en una organización, de manera más general) una alta socialización en la cultura escolar. También estar en disposición de movilizar habilidades y competencias técnicas en un alto nivel de especialización. El material empírico que movilizaré para apoyar el análisis proviene de una investigación socioetnográfica sobre el movimiento 15M desarrollada en una capital de provincia (Razquin, 2014)²

2. LA DIMENSIÓN COLECTIVA Y EL PROCESO DE ENMARcado COMO PROBLEMA Y PRODUCTO DE UN TRABAJO SOCIAL

La acción colectiva es uno de los elementos a los que más se recurre para definir un movimiento social. Sin embargo, lejos de estar dada de antemano, es el problema y el producto de un trabajo más o menos consciente, más o menos controlado y sistematizado. Generalmente es en función de definiciones de situación y de ámbitos tácticos dispares que las personas convergen para representarse a sí mismas, de manera más o menos certera, como una misma causa (Mathieu, 2004a: 18). Los objetivos de un movimiento jamás son dados de inmediato al ser, precisamente, producto de la competencia a la que se entregan los diferentes agentes que lo componen por imponer su propia definición de la lucha (Mathieu, 2004a: 19, 178-179).

Los colectivos que pretenden levantar una protesta están exigidos de un trabajo de construcción de la dimensión colectiva aglutinadora mediante definiciones de situación, identificación y análisis de las causas. También a través de la elección de opciones estratégicas y/o políticas entre distintos

² Esta investigación se ha sostenido sobre una etnografía densa con observación-participante (desde la movilización del 15 mayo de 2011 hasta el primer aniversario) de la asamblea general y todas las comisiones, grupos de trabajo y asambleas de barrio que nacieron a partir de ella. Así como en 38 reconstrucciones de relatos de vida (Bertaux, 2005) realizados a partir de entrevistas abiertas semidirectivas (Ortí, 1986), conversaciones informales en el desarrollo de la etnografía e información aportada por 27 informantes (tanto del proceso local estudiado como del desarrollado en Madrid). El análisis ha incluido igualmente la explotación de la información de los Barómetros del CIS de junio y diciembre de 2011 (para el acotamiento de las tendencias macrosociológicas) y de archivos audiovisuales, actas, documentos en prensa e interacciones en las redes sociales virtuales..

modelos de organización, que resultarán, al mismo tiempo, opciones que determinen los objetivos últimos de la lucha y las identidades colectivas que se van construyendo (Clemens, 1999: 289).

El camino que se escoja para enmarcar la acción colectiva, junto con las oportunidades políticas y las redes locales³ (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005), afectará a la capacidad del movimiento para propiciar adhesiones, desmovilizar a los oponentes y ganar la cobertura favorable de los medios (Polletta y Ho, 2006: 188): definirán las condiciones de posibilidad de una victoria política. Porque el «proceso de enmarcado» apela a los trabajos de persuasión implicados en la demarcación y puntualización de aspectos importantes de la realidad, que se realiza mediante eventos y circunstancias inteligibles en el fomento de un punto de vista convincente.

Los marcos deben ser creíbles para la ciudadanía en general (o más concretamente, en caso de haberlo, para el grupo específico que es llamado a movilizarse), consonantes con sus propias condiciones vitales y congruentes con sus creencias, mitos y visiones del mundo (Ibíd.). Pues en esa resonancia reside, en buena medida, la clave para activar el apoyo o la movilización; también, lo señalaba en el párrafo anterior, en lo ajustado que se encuentre en relación a las oportunidades políticas y a las posibilidades de las estructuras de organización previas. Es decir, a las condiciones de posibilidad que establece el campo político (Bourdieu, 2000)⁴ en general y el espacio de los movimientos sociales en particular (Mathieu, 2004a y 2004b).

Los marcos eficaces forman un argumento convincente para la injusticia en la circunstancia que señalan y tienen la probable eficacia de activar una agencia colectiva en la transformación de la misma (Polletta y Ho, 2006: 190). No solo ayudan a definir o poner en el foco la reivindicación, los objetivos y líneas de acción; sino que además facilitan que se asegure la organización del movimiento y que se acentúe la legitimidad de la misma entre otras organizaciones o instituciones. Y cerrando el círculo, esa legitimidad aumentará la posibilidad de asegurar la permanencia de las y los militantes y el probable apoyo de otros

³ En un estudio sobre las sufragistas estadounidenses, McCammon (2001 en Polletta y Kai Ho, 2006: 198-199) plantea que, en ausencia de redes locales previas y oportunidades políticas, si los marcos son poderosos puede activarse la protesta. Por otro lado y abundando en la interdependencia de las dinámicas que capturan estos tres elementos, Zdravomyslova (1999: 202) plantea que fueron precisamente los cambios registrados en las oportunidades políticas en Rusia durante la Perestroika lo que determinó en gran medida el contenido y las prioridades del proceso de creación de marcos de identidad e interpretación entre los movimientos sociales democráticos. Aunque, al mismo tiempo, cabe plantear hasta qué punto la Perestroika, como proceso de transformación político-económica, de apertura hacia las formulaciones de las democracias parlamentarias desarrolladas en el capitalismo, no se esforzó, de igual modo, en resonar con los procesos de demanda colectiva iniciados mucho antes en las periferias. Véase, por ejemplo, el proceso que trató de frenar el Kremlin con la invasión de Checoslovaquia.

⁴ El campo no es una estructura muerta (Bourdieu y Wacquant, 2005: 141), implica la historia acumulada de relaciones, encuentros y desencuentros entre agentes que dinamizan el campo político, cuya estructura y relaciones de poder es producto de las luchas entre estos por las permanencias y los cambios (en desiguales condiciones sociales de partida) que se dan en su interior

sectores sociales significativos en la causa (Cress y Snow, 2000: 1100).

A partir del análisis de 275 cartas recibidas por el Servicio de Información General del periódico *Le Monde* entre 1979 y 1981, Boltanski (2000: 238-239) explica que para conducir un asunto y someterlo al veredicto de la opinión pública se deben probar las capacidades de generalización que encierra un incidente que, en origen, es puramente local, siendo que esa generalización no está solamente motivada por la intención de informar. Pues su objetivo es respaldarse con el peso la opinión de otros y otras para conseguir una reparación material o legal que, más allá de cualquier logro en estos términos, no puede sino consistir en la rehabilitación de una víctima injustamente tratada. Y en ese sentido, en la condena moral de los responsables del agravio. Porque el autor o la autora de una denuncia pública demanda, al hacerlo, que otras personas, en número indefinido pero necesariamente elevado, le sigan. Que le siga todo el mundo, toda la gente de bien, ya que la causa que se defiende encierra una pretensión a la universalidad⁵.

Pero lograr constituir ese grado de generalización, o de manera más amplia, lograr construir y mantener marcos eficaces -tanto diagnósticos como pronósticos (Cress y Snow, 2000: 1078)-, que se van construyendo y reconstruyendo en las interacciones de las articulaciones prácticas de la contienda, es algo que no siempre se consigue. Habitualmente solo las organizaciones «viabiles»⁶ lo logran. Porque la actividad de enmarcado asociada con el desarrollo de marcos razonablemente articulados, con diagnósticos y pronósticos coherentes, es algo muy improbable en el vacío organizacional. Además, las organizaciones viables presentan más adaptabilidad por lo que estratégicamente tienen la posibilidad de desarrollar o modificar los marcos de diagnóstico y pronóstico para facilitar el logro de resultados (Ob. cit.: 1099).

No hay que olvidar, como plantea Boltanski (2000: 266), que la referencia a un interés general y el establecimiento de principios de equivalencia que permitan reunir a multitud de personas sobre una misma categoría, entre las

⁵ Al situar su análisis en el comienzo de un caso, Boltanski (Ob. cit.: 24-25) plantea que es posible aprehender los procesos y decisiones que harán que éste se mantenga como una injusticia individual o que ciertas instancias autorizadas (sindicatos, organizaciones pro-derechos humanos, ecologistas, feministas, asociaciones de consumidores, etc.) al establecer equivalencias entre su caso y otros casos considerados homólogos, puedan ampliarlo. Y al movilizar a un número importante de personas, acceder al estatus de problema colectivo. Así, en lugar de analizar a colectivos plenamente constituidos (ya preparados, de alguna manera, para este trabajo social de construcción de una causa general), al situarse analíticamente en un momento anterior, se puede acceder al análisis de las operaciones de construcción de los colectivos examinando la formación de las causas colectivas; esto es, la dinámica de la acción política.

⁶ Las organizaciones del movimiento social «viabiles» son descritas por Cress y Snow (Ob. cit.: 1077-1078) en el marco de una investigación etnográfica sobre 15 organizaciones de movimientos sociales de personas sin hogar en ocho ciudades estadounidenses, como aquellas dedicadas al mantenimiento organizacional y a actividades de protesta durante un extenso periodo de tiempo. Miden la viabilidad organizativa en referencia a tres elementos: la supervivencia (existe por más de un año), la regularidad de las actividades, reuniones, encuentros (al menos dos veces al mes), y la planificación y articulación de campañas de protesta que incluyan series de eventos de movilización interrelacionados.

cuales, hasta el momento, los acercamientos eran difíciles y poco probables; y al mismo tiempo alejar a otros individuos cercanos en otros aspectos mientras se des-singularizan sus relaciones al distribuirlos en clases o agrupaciones diferentes (que culmina con la construcción del sujeto político que es llamado a movilizarse⁷), requiere indiscutiblemente de un trabajo colectivo. Tampoco que las posibilidades de sostenimiento de la legitimidad de la dimensión colectiva está interrelacionada con el estado de la lucha simbólica por imponer el principio dominante de visión y división de la realidad (Mathieu, 2004a); donde las facciones dominantes tienden siempre a pensar y describir su relación con las facciones dominadas a partir de un sistema de oposiciones homólogas entre lo masculino y lo femenino; lo serio y lo frívolo, lo útil y lo inútil, lo responsable y lo irresponsable, el realismo y el irrealismo (Bourdieu, 2012a: 106).

Los juegos son múltiples. Solo las visiones privadas que cuenten con un número significativo de fuerzas, muy desiguales respecto a los adversarios en la lucha simbólica por la construcción de la visión legítima del mundo social⁸, lograrán imponerla como universal (Bourdieu, 2012b: 59).

3. EL CAPITAL MILITANTE Y EL CAPITAL ESCOLAR

El trabajo colectivo que implica el proceso de construcción de la dimensión general, o el proceso de enmarcado, de manera más amplia, exige unas competencias técnicas (capital escolar)⁹ además de algo fundamental: saber orientarse en el campo político (capital militante).

En el primer caso, podríamos hablar de competencias para objetivar y evaluar la acción, enunciar los objetivos de la acción de manera clara y concisa, exponer públicamente una proposición política bien argumentada, manejar datos

⁷ Resulta fundamental no confundir el grupo objetivo («clase objetiva») y el grupo movilizado («clase movilizada»); pues siguiendo a Bourdieu (2012a: 116, n.6) la clase movilizada supone la agrupación de agentes (sobre la base de la homogeneidad de las propiedades objetivadas o incorporadas que definen la clase objetiva) con vistas a la lucha, que estará destinada a salvaguardar o a modificar la estructura de la distribución de las propiedades objetivadas. Por lo mismo, Gerard Mauger recuerda que «el voto de clase» supone la existencia de una clase movilizada que no es otra cosa que el producto de un trabajo político de representación, de unificación, de movilización y de politización (Mauger, 2013: 201).

⁸ En este sentido, resultan significativas, para cualquier movimiento social, sus relaciones con el campo intelectual o científico. Pues, en tanto que las apuestas de las luchas por la imposición de un principio dominante de visión y de división del mundo social es, inseparablemente, científico y político, sus agentes participan de manera directa o por medio de la divulgación, lo pretendan o no, en las luchas simbólicas del campo político (Mauger, 2013: 31).

⁹ Se podría hablar ampliamente de capital cultural, también de capital intelectual o técnico e incluso de disposiciones estéticas, teniendo en cuenta lo imprescindible que suelen resultar para la innovación en las formas de acción colectiva, elemento importante del proceso de enmarcado que es, además, una pieza clave para la atención mediática. Sin embargo, voy a concentrar la explicación sobre la noción de capital escolar por ser un concepto que apela a una socialización profunda y sistemática en una lógica determinada, y muy extendida, gestionada por las instituciones escolares.

y lenguaje técnico, o diseñar un plan metodológico para la organización interna. Todas estas tareas están directamente relacionadas con la socialización escolar, pues aunque no son de exclusivo aprendizaje en el marco del sistema escolar (ni una socialización escolar larga, incluyendo estudios superiores, siempre es garantía de plena competencia), el desarrollo del proceso de adquisición de las disposiciones necesarias está ciertamente especializado y controlado en él. Pues el capital escolar es el conjunto de efectos sociales susceptibles de ser producidos por la certificación escolar (Passeron, 1982: 573), al tiempo que el «producto garantizado» de los resultados acumulados de la transmisión cultural que aseguran tanto la escuela como la familia, ya que la eficacia de la transmisión cultural del sistema escolar es dependiente de la importancia del capital cultural¹⁰ directamente heredado de la familia (Bourdieu, 2012a: 26).

En el segundo caso, condensado en la noción de capital militante, encontramos habilidades para la negociación, establecimiento de alianzas estables y confiables, la consecución de una acción de desobediencia civil, la minimización de riesgos o el ajuste (y reajuste) de las estrategias militantes al marco de oportunidades políticas. También hablar en nombre de la organización, que requiere (además de competencias propiamente lingüísticas, perfeccionadas en la trayectoria escolar) un control del discurso y de las posiciones internas, una sensibilidad para identificar rápidamente a sus interlocutores, captar el ambiente, improvisar y escoger el tono adecuado para responder a una pregunta inesperada (Wagner, 2004: 19). La incorporación de las disposiciones para este segundo grupo de competencias, tan ordinarias en la vida de los movimientos sociales, se desarrolla eminentemente en la práctica político-militante, siendo que estas competencias son también significativas en la actividad de enmarcado, pues tan importante, o más, que el discurso elaborado, es aquel que se infiere de la actividad práctica de la movilización colectiva¹¹. De este modo, aunque en muchos colectivos, como consecuencia de las fórmulas y espacios de ingreso o reclutamiento, el capital escolar pueda llegar a ser una condición casi esencial del capital militante, no lo es forzosamente en todas las experiencias militantes, ni es tampoco la condición que lo define. Pues las formas de aprendizaje que moviliza el compromiso político se sitúan más en la socialización en el seno de un grupo movilizado o de un marco organizacional (un partido, sindicato, asociación) que en los procesos de escolarización (Poupeau, 2007: 10). Incluso cuando las instituciones escolares, por medio de las acciones de inculcación e imposición de valores que ejercen, contribuyen a la constitución de una disposición general y trasladable con respecto a las formas culturales legítimas,

¹⁰ El capital cultural se puede encontrar en tres formas o estados: (1.) interiorizado o incorporado, en forma de disposiciones duraderas del organismo; (2.) en estado objetivado, esto es, en forma de libros, cuadros, películas, etc. que se poseen; y (3.) en estado institucionalizado, en forma de títulos académicos (Bourdieu, 2000c: 136-148).

¹¹ Quizá el ejemplo más clarificador en este sentido sea el caso de la exigencia de concreción escrupulosa de las tesis del activismo no violento a aquellos movimientos que se autoinscriben bajo ese paraguas éticopolítico. Más cuando, como en el caso del 15M, buena parte de su fuerza simbólica residía, precisamente, en su activismo no violento y decididamente cívico.

que adquirida conjuntamente con los conocimientos y las prácticas escolarmente reconocidas, tiende a aplicarse más allá de los límites de lo escolar (Bourdieu, 2012a: 26). Porque el capital militante remite a un conjunto de saberes y competencias que pueden movilizarse en el transcurso de las acciones colectivas que han sido aprendidas a lo largo de la trayectoria militante; de manera más sistematizada en «el taller»: jornadas, cursos, campamentos militantes (Poupeau y Matonti, 2004 en Poupeau, 2007: 39-41), quedando contenidos también en esa noción todos los aprendizajes derivados del ejercicio práctico de responsabilidades militantes, incluidas las de representación y portavocía, moderación asamblearia, planificación o ejecución de una acción.

Así pues, el capital militante comprende, además de las diversas formas de compromiso con el proyecto común (con la lucha), un saber-hacer que se adquiere en el campo político y da cuenta de esa capacidad para orientarse en el mundo de la política, de los mecanismos de adquisición y de su incorporación. El capital militante puede existir, al igual que el capital cultural, bajo tres formas que están vinculadas a la capacidad de movilizar eficazmente los recursos materiales y organizacionales y a la incorporación exitosa de disposiciones militantes (Ob. cit.: 10-11).

(a.) En estado incorporado: como un conjunto de disposiciones corporales, lingüísticas e intelectuales que orientan la práctica de técnicas políticas para dirigir, coordinar o contener a un grupo; para discernir nítidamente cada una de las batallas simbólicas e ideológicas que se sostienen con los contrincantes directos -y, en esa misma línea, cabría añadir, para operar resguardando la distancia respecto del tabú interno.

(b.) En estado objetivado, en la forma de cultura política materializada en libros, carteles, fotos, locales, banderas, pancartas, etc.

(c.) En estado institucionalizado, en la forma de puestos que se ponen a disposición de las y los militantes y que pueden ocuparse.

Si el capital político es una forma de prestigio, de capital simbólico¹² en el seno del campo político, el capital militante compondría todo el abanico de disposiciones para actuar e intervenir. Gerard Mauger afirma, matizando la conceptualización de Poupeau y Matonti que esta especie de capital es sin duda más o menos convertible en capital político, si no un componente en sí

¹² El capital simbólico ha sido definido por Bourdieu como la forma que adopta una u otra de las especies de capital cuando se la entiende a través de categorías de percepción que «reconocen» su lógica específica, desconociendo la arbitrariedad de su posesión y acumulación (Bourdieu y Wacquant, 2005: 178). De esta manera, el capital simbólico puede ser cualquier propiedad, cualquier tipo de capital (físico, económico, cultural, etc.), en el momento en el que es percibida por agentes sociales cuyas categorías de percepción están constituidas de tal manera que les permiten reconocerla; por lo tanto, distinguirla y conferirle algún valor. Al mismo tiempo, las categorías de percepción son fruto de la incorporación de las divisiones o de las oposiciones inscritas en la estructura de la distribución de la especie de capital en cuestión (Bourdieu, 1997: 108).

mismo del capital político (Mauger, 2013: 28). Sin embargo, resulta más que interesante una diferenciación conceptual porque aun cuando la interrelación entre ambos capitales es clara, en el actual estado del campo político, parece no ser imprescindible la existencia de capital militante para que se pueda poner en circulación capital político. Pues esta forma de prestigio político puede provenir de una reconversión de capital mediático o intelectual que no necesariamente tiene que ir acompañado de capital militante. Puede observarse bien este proceso de reconversión en el papel asignado a multitud de intelectuales y destacadas y destacados profesionales en las candidaturas ciudadanas de las elecciones municipales y autonómicas de mayo de 2015 (también en el proceso de candidaturas a las primarias para la configuración de la lista electoral de Podemos al Parlamento Europeo en 2014 o a los diferentes Parlamentos autonómicos). En estos casos, es precisamente la no socialización en los *juegos* del campo político lo que refuerza el valor político de la candidata o del candidato.

Aunque, conviene recordarlo, las disposiciones conceptualizadas bajo el término de capital militante podrían incorporarse únicamente en el marco de la militancia¹³, lo cierto es que el capital escolar, como decía más arriba, en multitud de concreciones militantes y como consecuencia directa de las dinámicas de ingreso y reproducción de la vida militante que se instalan, puede llegar a ser condición casi imprescindible del capital militante.

Este proceso de importado y densificación de disposiciones adquiridas en la trayectoria escolar a la lógica militante se ha visto agudizado por la modificación de una parte de las reglas de funcionamiento del campo político: se ha ido, paulatinamente, descuidando la formación interna, de manera significativa en los partidos políticos, al tiempo que las exigencias técnicas iban en aumento (Poupeau, 2007). Dar respuesta a las mismas no ha resultado complicado al interior de las organizaciones porque cada vez se ha ido elevando el nivel de escolarización de los cuadros militantes. Esto es, al descuidar las instancias institucionalizadas de adquisición de capital militante (que indudablemente implica la rotatividad de puestos y responsabilidades) éste se ha ido sustituyendo por capital escolar¹⁴. Esta dinámica ha llegado a ser también tan notoria en los

¹³ Como de hecho sucede en todas las experiencias de autoorganización de poblaciones no socializadas en abundancia en lo escolar, cuya capacidad en la movilización colectiva está de sobra probada. Aunque bien es cierto que con frecuencia están presentes en las organizaciones figuras de social movement entrepreneurs. En un análisis sobre ocho experiencias de movilización de parados y paradas en la provincia de Cádiz y Sevilla, Carballo (2013) ha mostrado que aún cuando la autoorganización se ha logrado desarrollar en tres de ellas (el resto fueron impulsadas por sindicatos y otras organizaciones, el 15M entre ellas), cuanto menor es el capital militante disponible (el que hay se va adquiriendo en el contacto y cooperación con otras organizaciones en el desarrollo de acciones) y existe menor capacidad de reconversión de capital escolar en militante, más dependientes se encuentran respecto del estado del campo político y de otras organizaciones.

¹⁴ De igual modo puede producirse, como en el caso de la experiencia del 15M estudiado, como producto de una ausencia de capital militante incorporado en la participación en colectivos o procesos anteriores, que trata de compensarse con la reconversión de capital corporal, capital cultural de manera amplia y específicamente escolar, así como disposiciones perfeccionadas en el

nuevos movimientos sociales que ha llevado a incluir como rasgo caracterizador en la definición de los mismos, siguiendo a Offe (1985 en Mathieu, 2004a: 30) el reclutamiento privilegiado entre la pequeña burguesía cultivada.

Aunque una situación organizativa en la que abunden participantes con alto grado de adquisición de capital escolar (o cultural) puede reclamarse, en primera instancia, como una fortaleza organizacional; al incluir, indudablemente, una densificación de la lógica escolar en la vida militante, comienza a imponer unos criterios de entrada. Nunca explícitos, imperceptibles frecuentemente por quienes los cumplen con naturalidad, pero que colocan como condición para la participación una densa acumulación de disposiciones escolares; dificultando, cuando no impidiendo, el ingreso pleno de participantes con recorridos vitales diferentes alejados de las instancias escolares. Trabando la participación de aquellos y aquellas socializadas en el mundo del trabajo manual o en el desarrollo de labores reproductivas y de las clases populares en general¹⁵. Produciendo, finalmente, una homogeneización del grupo movilizado y organizado (con frecuencia agudizada en determinadas comisiones o grupos de trabajo y en las tareas de representatividad y portavocía) que se va alejando de otros espacios y agentes fundamentales en la transformación emancipadora de la vida social. Pudiendo poner en grave riesgo la participación plena de aquellos y aquellas incluidas, por definición, en el sujeto político que se defiende. Y negándose, al mismo tiempo, la riqueza que supone para toda organización poder contar con participantes provenientes de los más diversos y variados espacios, posiciones sociales y trayectorias vitales en la máxima diversidad de subespacios organizativos. Erosionando, de paso, aún cuando el acontecer de este tipo de cierres suele ser silencioso y pasar desapercibido, la horizontalidad organizativa, al imponer un criterio de entrada tremendamente selectivo y armonizado, en buena medida, con la estructura macrosocial de desigualdades.

4. CUANDO LAS DISPOSICIONES TÉCNICO-ESCOLARES DENSIFICAN LA VIDA MILITANTE

Me gustaría ejemplificar cómo esta dinámica de importación de lógicas y disposiciones para la acción propias del mundo escolar puede también instalarse en algunos espacios organizativos de un movimiento masivo, asambleario y con tan grandes aspiraciones de heterogeneidad, como fue el 15M. Para ello situaré el análisis sobre dos extractos de material empírico que han sido escogidos como

desempeño de profesiones ligadas a la dinamización sociocultural, la psicología social, educación o trabajo social, periodismo o del community management (Razquin, 2014: 32, 181, 185, 344, 449-450).

¹⁵ En tanto que la condición de acumulación inicial de capital cultural incorporado es el tiempo durante el que una persona puede prolongar ese esfuerzo de adquisición de disposiciones culturales (o específicamente escolares, técnicas, científicas, filosóficas, etc.) y éste es directamente dependiente (en la generalidad sociológica) del tiempo que su familia le puede asegurar liberándolo de la necesidad económica (Bourdieu, 1987: 13).

«caso particular de lo posible», noción de Bachelard recuperada por Bourdieu (1997: 12) para incidir en la necesaria inmersión en la particularidad de una realidad empírica (históricamente situada y fechada) en tanto que se pretenda captar la lógica más profunda de ese mundo social. Los dos ejemplos condensan momentos etnográficos que se desarrollaron entre el comienzo de la acampada y los primeros días de trabajo militante tras desmontar el campamento e ilustran el análisis, precisamente, porque las situaciones a las que remiten están inscritas en un momento del proceso general semejante respecto a la apertura y facilidades para la participación¹⁶, por lo que permiten analizar con precisión y sin otros elementos interfiriendo de qué manera acontecen estos cierres casi invisibles.

En primer lugar presentaré una pequeña reconstrucción de una asamblea de coordinación de grupos donde veremos cómo acontece ese cierre sobre la exigencia de una lógica escolar masivamente compartida que va marcando los límites del desarrollo de las decisiones y actuaciones militantes. En el segundo caso mostraré una situación, si bien resonante, ligeramente diferente. Se trata de una concreción algo especializada de un cierre sobre lo técnico-escolar que, sin embargo, se desarrolló en un momento temporalmente anterior. El cierre, en este segundo ejemplo, se debe a una exigencia sobre la cultura organizativa propia del grupo encargado de las comunicaciones por Internet con el exterior.

Situación A:

Este momento etnográfico aconteció en una asamblea de la coordinadora de grupos de trabajo, asambleas de barrio y de pueblos del 15M a finales de junio de 2011. Este espacio de coordinación se constituyó en el tiempo de la acampada en cuanto comenzaron a multiplicarse los grupos de trabajo. Poco después se incorporaron portavoces de las asambleas de barrio y pueblos que se fueron creando por el resto de la ciudad y la provincia. Una vez desmontado el campamento, este espacio tomó un papel fundamental en tanto que estructura aglutinadora que mantenía la membresía entre la multitud de espacios asamblearios que funcionaban de manera simultánea y con un alto grado de autonomía. Además pasó a asumir el trabajo de lo que hasta dos semanas después

¹⁶ Por la propia estructura organizacional (asamblea abierta y en la calle), por los diseños institucionales que se habían implementado (la última parte de las asambleas era «micro abierto» donde no había que ceñirse a un tema marcado en el orden del día propiciando un rico espacio de comunicación no organizada, las actas eran públicas, o la pequeña puesta en situación de los temas a debatir previamente por el grupo encargado) se facilitaba enormemente la entrada a la participación, sobre todo hasta el otoño de 2011. Incluso emitir el voto en el proceso (o expresar la opinión para un sondeo), pese a lo fundamental que resulta, era quizá la práctica de participación que menos condiciones de entrada parecía presentar -junto con la expresión de la opinión en Internet pues la única condición era estar presente en la plaza justo en ese momento.

Cuanto más se adentre el proceso en el otoño esa apertura irá mermando progresivamente respecto de las posiciones ideológicas, los universos simbólicos que se movilizan, la colonización de la vida del movimiento por parte de la vida de los grupos de trabajo y respecto a la cultura de participación (Razquin, 2014).

del fin de la acampada había sido el taller de moderación¹⁷.

La coordinadora se movió siempre en una dinámica frenética entre la necesidad de desarrollo del diálogo sobre numerosas problemáticas, solapamientos y decisiones urgentes que debían tomarse, al ser una de las primeras instancias de consenso. Porque trabajaba al servicio de la construcción de buenas asambleas generales donde se tomaban las decisiones, pero era, además, un nivel intermedio fundamental en la organización de la información y en el establecimiento de prioridades (orden del día). Y como no podía ser de otro modo, operaba como primera instancia de diálogo entre todos los espacios que aglutinaban los diversos intereses específicos, congregados en los diferentes grupos de trabajo, que ponían en juego (y apostaban por) un esfuerzo militante en diferentes direcciones.

Entre la multitud de trabajo y coordinación de soluciones para infinidad de asuntos y problemas que desbordaban el trabajo de la coordinadora, un participante que acudía en calidad de portavoz de la asamblea de su barrio, en algunas ocasiones; en otras, de la coordinadora de las asambleas de pueblos y barrios -que rápidamente se habían aglutinado de manera paralela a la coordinadora que nacía de la acampada-, incidía constantemente en el urgente trabajo de difusión y establecimiento de buenas asambleas en los barrios. También en lo excluyente que estaba resultando para bastantes participantes el sistema N-1. Porque si los dispositivos de comunicación en Internet supusieron una herramienta fundamental para el movimiento 15M, también fueron un medio excluyente para determinadas edades y trayectorias vitales alejadas de lo técnico-escolar (Razquin, 2015). Pues más allá de las restricciones propias del poder adquisitivo, una exclusión basada en la desposesión material, que no era el caso; la dinámica excluyente operaba sobre «los usos sociales» (Bourdieu, 2012a: 24-25) de esta herramienta de comunicación. Sobre los hábitos construidos en las dinámicas propias que exigía¹⁸.

Este participante, al que llamaremos Mario obrero de la construcción en situación de desempleo, con estudios básicos y sin experiencia militante anterior que rápidamente inició una trayectoria como militante a tiempo completo en el

¹⁷ El taller de moderación tomaba la forma de una asamblea abierta que se realizaba unas horas antes de la asamblea general donde se consensuaba el orden del día, a la par que se reflexionaba sobre el funcionamiento asambleario y se producía contenido para mejorarlo (uno de los elementos más significativos fue el manual de asamblearismo que se exportó a otras acampadas y finalmente formó parte del acervo del movimiento 15M).

¹⁸ Para comenzar a utilizar N-1, por ejemplo, era necesario (si no se tenía una persona al lado que hiciese de intérprete de la lógica de la plataforma, semejante a otras muy conocidas, pero con cambios significativos de diseño y estructura) saber moverse en el diseño web, estar acostumbrado o acostumbrada a indagar y reconocer las aplicaciones y el modo correcto de utilización. Una serie de estructuras cognitivas que se adquieren en la práctica cotidiana (para lo que las disposiciones escolares son grandes facilitadoras) y que permiten aprender «intuitivamente» (sin angustia, con naturalidad) a activar tal o cual función, a alojar los documentos, una imagen en el formato apropiado, o moverse con agilidad por los diversos apartados del sistema (multitud de hilos de conversación con documentación adjunta, el espacio de cuenta privada, el grupo de trabajo concreto al que se esta asignado, etc.).

15M, insistía una y otra vez, colocándose a la vanguardia de lo que después fue un modelo muy exitoso de arraigo del 15M, en sacarlo del centro de la ciudad y del campamento hacia los barrios. Fue además una de las personas que había impulsado y liderado buena parte del trabajo de intensiva difusión (pegada de carteles, reparto de volantes y conversaciones con el vecindario) que se hizo en los barrios más poblados de la ciudad.

Pronto comenzó a concentrar sus intervenciones en la coordinadora en transmitir un malestar que se registraba en las asambleas de barrio que se iban constituyendo y consolidando (también en los pueblos). Estas asambleas deslocalizadas del campamento y la asamblea ligada a él, tenían constantes dificultades para determinar cuáles eran los límites de la autonomía de sus decisiones, que al ser un tema abierto, les impedía avanzar en el día a día. Por ejemplo, ¿podía la asamblea de barrio X apoyar la huelga de empleados de una empresa localizada en el barrio si así lo consensuaban? ¿Debían someter su consenso a una ratificación de la asamblea general puesto que la huelga estaba sostenida por varios sindicatos (algo que podía suponer una contradicción con la posición asindical del movimiento)? Y en directa relación con esto, ¿Qué lugar ocupaban las asambleas de barrio en la estructura del movimiento? ¿Y los grupos de trabajo que comenzaban a nacer de ellas respecto de los grupos de trabajo que lo habían hecho de la asamblea general en el tiempo de la acampada?

La problemática dinámica que arrastraba la escasa capacidad de reorganización rápida y eficaz del sistema que había surgido directamente dependiente del campamento (en buena medida obstaculizado por la confrontación de facciones políticas) para incorporar una nueva realidad donde los barrios tenían mucha fuerza y vida; a la par que el desgaste militante que estaba suponiendo, llevó al grupo de organización interna¹⁹ a comprometerse con la coordinadora en trabajar el asunto con vistas a llevar una propuesta para la primera parte de la asamblea de aquel día. Eran frecuentes las conversaciones informales entre Mario y alguno o alguna participante de este grupo de trabajo al término de las asambleas, pues había sintonías en sus preocupaciones que, además, no venían siendo concebidas como tan urgentes por el resto de participantes de la coordinadora. Sin embargo, rompiendo de alguna manera la dinámica general de la construcción de los grupos en el 15M (afinidades encontradas e ingreso inmediato), ni Mario se interesó por participar del trabajo ni los componentes del grupo le invitaron jamás. Más bien parecía que el grupo trataba de recoger las demandas de Mario -como representante del malestar de quienes participaban en los barrios- para sostenerlas en un entramado más complejo que, como veremos, él definitivamente rechazó.

A finales de junio el grupo presentó un esbozo de estructura analítica para el conjunto de propuestas dependiendo de su tipología y alcance: no había llevado una propuesta concreta de cómo organizar el espacio decisorio; sino una

¹⁹ Compuesto por tres investigadores sociales (uno de ellos especializado en participación ciudadana y dinamización grupal), una estudiante de humanidades y uno de los coordinadores de un proyecto colectivo artístico arraigado en la ciudad.

propuesta de análisis de la realidad operativa del movimiento y un esquema de tratamiento del debate. Es decir, planteaban que para poder reconstruir el modelo era necesario un trabajo anterior en dos direcciones: a) evaluación profunda del funcionamiento hasta la fecha y b) diseño de una proyección que armonizara las distintas propuestas de solución que se proponían desde diferentes espacios militantes y que apuntaban en direcciones diferentes²⁰.

Quiero situar el foco de lo relevante para este análisis, no tanto en la forma que toma el rechazo de Mario a que se continuara tratando una propuesta, sino a lo estructural que condensa aquello que rechaza y se niega a seguir trabajando. Porque tras el veto al tratamiento de la propuesta en concreto, se aloja el rechazo a un modo de pensar y actuar, directamente relacionado con unos esquemas escolares, además en un grado de especialización bastante alto.

Mientras dos representantes del grupo comenzaban a presentar un modelo que pretendía objetivar los diversos tipos de propuestas que se manejaban cotidianamente en las distintas esferas de participación del movimiento (que llamaron «multicolor»), Mario comenzó a impacientarse cuando la presentación del punto de partida cuasiepistemológico se extendió durante varios minutos. Movía la cabeza de un lado a otro, levantándose y haciendo aspavientos que parecían indicar que en cualquier momento iba a comenzar a hablar. Mientras tanto, el portavoz proseguía la explicación leyendo un documento que habían elaborado:

«[...] Hemos identificado 6 niveles de decisión, o 6 tipos de cosas que se pueden decidir. Cabe explicar que estos 6 tipos de cosas a decidir parten de un análisis amplio de nuestro ser como colectividad. No sobra mencionar que no se plantean estos niveles de decisión como una jerarquía sino como una manera de estructurar nuestro trabajo colectivo con el fin de hacerlo más ameno y efectivo; una decisión que parte de un nivel puede abrir -por necesidad- un replanteamiento de elementos que se sitúan en otro nivel de decisión. Puede conllevar una discusión de elementos que pertenecen a otro nivel o que simplemente se basen en los principios de otro nivel aparentemente muy lejano. También cabe aclarar que hemos decidido identificar esos niveles con colores. La razón es que es la separación más neutra a la que pudimos llegar después de intentarlo con nombres de cosas, animales, formas, lugares geográficos, etc.²¹; en todos los casos se generaba una imagen frente al tipo de decisión que podía tergiversar el contenido que queríamos darle. Eso lo explicamos para que todos y todas lo entendamos y

²⁰ La polarización que envolvió poco tiempo después a lo que quedó de las estructuras de la asamblea general del 15M comenzaba a hacerse algo visible tras las diferentes propuestas. Este grupo, muy sensible a posibles cierres sobre la pluralidad que dificultaran el consenso, entendía su forma de plantear el abordaje del debate como un antídoto. Desplazando el debate a un momento anterior (qué era lo que se quería desde los diferentes espacios bajo la premisa del consenso) pretendían desactivar la competencia entre propuestas construyendo un marco capaz de integrar lo mejor de cada una de ellas hacia unos objetivos de coordinación comunes.

²¹ Tras varios días de trabajo el grupo llegó a la conclusión de que debían evitarse identificadores como «general», «específico», etc. que suponían abrirían eternos debates sobre lo ajustado o no del identificador o activarían nociones previas tanto conceptuales como eticopolíticas al respecto.

para que evitemos caer en discusiones en las que 40 personas intentan decidir si son mejores los colores o los nombres de animales (para decidir que los colores eran lo mejor tuvimos que discutir durante más de una hora entre 3 personas... imagínenlo con 40). Recordemos que la idea de emplear colores surge de la necesidad de romper con conceptos frente a los que no tenemos definiciones comunes y que llevan a cada persona a pensar en algo específico diferente, haciendo que nuestros debates al respecto se puedan ir por la rama del “cómo se llama” lo que hacemos en vez de ir por el camino del “cómo lo hacemos”.

Así pues, reconocemos 6 niveles de decisiones, identificados por colores y frente a los cuales, más adelante, tendremos que consensuar qué niveles puede decidir cada “ente” del movimiento (grupos de trabajo, grupos de coordinación, asambleas de barrio, asambleas de pueblo, asamblea general).

Recordemos también que lo que aquí se expone es el trabajo de varias horas de un grupo específico de personas, no es algo fijo sino un punto de partida para no entrar a ciegas en un tema de discusión tan complicado. Tampoco pretendemos que todas esas discusiones se den en este momento, sino ser conscientes de que tendremos que afrontarlas y trabajadas poco a poco desde ahora.

Los niveles son los siguientes. Verde: ¿Quiénes somos colectivamente? Es lo que nos define. En este momento el ejemplo más claro de esto son los mínimos de la asamblea. [...] Granate: es ese gran objetivo que nos une colectivamente. Si bien falta tener este debate y muchas personas lo expresarían de otro modo, proponemos como punto de partida el objetivo de conseguir una vida digna para todas y todos. [...] Naranja: es como pasar la luz de nuestro gran objetivo por un prisma y tomar el resultado. Este nivel naranja se compone de una serie de objetivos que siguen siendo amplios pero mucho más específicos que el gran objetivo. Como al pasar un haz de luz por un prisma nos resulta un espectro amplio de colores diferenciados, pero que en definitiva no son sino las partes de ese haz inicial. Asimismo tenemos que encontrar cuáles son las partes que componen ese gran objetivo. A su vez, estas partes se convierten en nuestros objetivos y cursos de trabajo. El ejemplo más cercano que tenemos ahora mismo de esto son los 6 puntos urgentes que ha consensuado la asamblea de la plaza. ¡Cuidado! No decimos que esos sean nuestros objetivos, ni que tengan que plantearse así, ni que haya un consenso amplio aceptado sobre la manera en que esos 6 puntos se consensuaron. Simplemente decimos que ahora mismo es lo más cercano que tenemos ya que son una serie de temas concretos pero amplios que nos marcan un camino de trabajo (vivienda, laboral, participación política, etc.) [...].

(Extracto del diario de campo.)

Más o menos en el momento en que ha quedado detenido el fragmento anterior, Mario, junto con otras tres o cuatro personas (dos de ellos militantes con largas trayectorias militantes y escolares²² y motivaciones distintas), interrumpieron a la persona que hablaba arguyendo que el planteamiento era rebuscado, poco claro: «Lo estáis liando demasiado»; «Es mucho más fácil de lo que lo estáis haciendo»; «Eso es ponerse a hablar y ya está, no hace falta tanta

²² Uno de ellos estaba terminando su Tesis Doctoral y el otro compaginaba sus estudios en un Máster Oficial con trabajos precarios; ambos eran militantes con largas trayectorias.

historia»²³.

Lo cierto es que el modelo, que incluía tres niveles más (amarillo, violeta y azul²⁴), era capaz de aprehender la realidad de toma de decisiones del movimiento en todo su conjunto. Explicitando, de paso, muchas decisiones cotidianas de la vida militante sobre las que, hasta el momento, no se había establecido democráticamente quién debía tomarlas o de quiénes eran responsabilidad. Y quizá algo más importante aún, la propuesta de trabajo encaminaba a concretar dónde estaban los límites en las competencias de toma de decisión y actuación de cada nivel de asamblea; qué nivel de autonomía tenían las asambleas de barrios y pueblos y qué papel jugaban los grupos de trabajo que habían nacido desde la acampada.

Sin embargo, la excesiva abstracción que movilizaba (que exigía, por tanto) y la dinámica de análisis complejo, que implicaba un trabajoso proceso, de largo recorrido, profundo y alejado de la resolución de contingencias cotidianas; desenganchó de la explicación a algunas y algunos y dejó completamente fuera a un par de personas. Quien hizo más visible su malestar fue Mario que, exasperado (quizá disgustado por la expectativas que tenía sobre la propuesta), entre aspavientos y movimientos de mano bruscos, se negó en rotundo a que la coordinadora continuara tratándola. Vetó el tratamiento de una propuesta que nacía, paradójicamente, de la voluntad de dar cabida al malestar del que él era portavoz; pero que en sus formas lo expulsaba de la discusión y en sus tiempos resultaba demasiado lento para el apremio de la contingencia cotidiana que vivía y de la que se hacía, en ese momento, portavoz. La lógica escolar, supeditando la acción al diseño, a la planificación, ideación y demarcación de esquemas prácticos militantes servibles para múltiples y diversas situaciones requería unos tiempos y unos procedimientos que expulsaban a la lógica de la reflexividad práctica desde la que Mario operaba e interpretaba la realidad.

Situación B

²³ Rechazando que la coordinadora abordase la propuesta del grupo de organización (trabajar el documento y dejar decidida una metodología para comenzar el trabajo encaminado al consenso en todos los espacios militantes del movimiento); estos dos militantes experimentados pretendían asegurar tiempo en la asamblea de ese día. Tenían la intención (lo consiguieron aprovechando el impasse que se desarrolló tras el exabrupto de Mario) de que la coordinadora aprobase apoyar de cara a la asamblea general (el apoyo simbólico suponía plantear en la asamblea general que «en la coordinadora hay consenso sobre esta propuesta»), además de introducir en el orden del día con una dedicación de tiempo amplia, una propuesta que querían impulsar desde la asamblea de la ciudad hacia el resto: la convocatoria desde el 15M de una huelga general indefinida.

²⁴ Respectivamente: las decisiones sobre las relaciones con el entorno social y político de cada asamblea (con qué colectivos se establecen alianzas, con cuales no, qué espacios se utilizan, qué espacios no...); decisiones sobre las propuestas de acción concretas (que se derivan de lo marcado en el nivel amarillo); y aquellas relacionadas con las responsabilidades en tareas militantes concretas (quién consigue los megáfonos y dónde; coordinación del grupo de cuidado: lleva brazaletes identificativos o camisetas, etc.).

El ingreso a las estructuras organizativas del movimiento 15M entre las dos y las tres primeras semanas de acampada era relativamente fácil. Todo estaba por hacer y cualquiera podía ser protagonista de la creación de un nuevo grupo de trabajo, o de incorporarse a alguno que estaba gestándose. Este es el contexto en el que se da el proceso de ingreso masivo al movimiento y el tiempo en el que muchas y muchos participantes sin experiencia previa en procesos políticos colectivos iniciaban una trayectoria militante. La cultura organizativa estaba conformándose (los tiempos y acuerdos de la dinámica asamblearia, los protocolos de funcionamiento interno de las propuestas, el trabajo y las decisiones, el reparto de funciones, etc.), por lo que se hacía mucha pedagogía de los términos, las formas y los protocolos que comenzaban a establecerse. Era plausible que se participara en la toma de decisiones de todos los aspectos mencionados anteriormente y, además, el movimiento estaba concentrado en quienes no habían llegado todavía, en quienes eran susceptibles de movilizarse. Había constantes y sistemáticas invitaciones a la participación, difusión de horarios, localización y tareas a las que se había autoencomendado cada grupo de trabajo. Y como éstos eran asambleas más pequeñas organizadas bajo el paradigma de «somos las que estamos», la organización se presentaba altamente permeable a los aportes que hacían los nuevos ingresos, que además eran siempre muy celebrados.

A medida que los grupos de trabajo fueron teniendo su propia trayectoria, especializándose, teniendo un historial de decisiones, al igual que las asambleas, comenzaron a exigir, implícitamente, una participación intensa en la vida cotidiana de la organización para poder participar. Al mismo tiempo, como poco a poco se fueron descuidando las fórmulas de apertura a la participación antes mencionadas que contenían esta inercia (común, por otro lado, a cualquier desarrollo y afianzamiento organizacional), los intentos de nuevos ingresos difícilmente pudieron consolidarse.

Hubo algunos grupos de trabajo donde desde muy pronto la socialización en el propio grupo se impuso como condición de entrada. Es precisamente el contexto donde se desarrolla la segunda situación que ilustraré brevemente apoyándome en el relato (obtenido en entrevista abierta semidirectiva) de una participante a la que llamaremos Laura. Acontece en el grupo de telemática al final de la primera semana de acampada, en un momento del proceso donde esta comisión ocupó un lugar central en la coordinación de todos los procesos simultáneos con los que se estableció hermanamiento (del resto de acampadas en el territorio español a las réplicas europeas, pasando por las primaveras árabes o las movilizaciones ciudadanas en Grecia) y con la ciudadanía en general.

A pesar de que las tareas más recurrentes no exigían excesivas competencias técnicas (enviar, reenviar y contestar correos electrónicos, tuits o mensajes; así como derivar a los correos electrónicos de cada grupo de trabajo mensajes y comunicaciones)²⁵, rápidamente la no socialización densa en la cultura

²⁵ Unas competencias nada exóticas para el grupo de edad y estilo de vida más numeroso en la acampada (estudiantado universitario) y cuyo nivel de exigencia o profesionalismo, por lo

organizacional que ya se había consolidado, solo podía ser compensada con una alta especialización técnica: altos conocimientos de informática, electrónica (y electricidad en menor medida), en creación y gestión de comunidades virtuales, programas de comunicación, etc.

El volumen de interacciones, informaciones, propuestas de coordinación, consignas, apoyos y denuncias que se recibían y lanzaban *on-line* alcanzó tal volumen que a todas luces la *haima* que alojaba más de quince ordenadores portátiles, una impresora, amplificadores de red *wifi* y multitud de *smartphones* a pleno rendimiento lucía, y se estructuraba, como un gabinete de prensa internacional. Las y los componentes del grupo de telemática eran conocidos en la acampada por el dulce agotamiento con el que cada tarde-noche subían al escenario tomando la palabra para informar, pedir ayuda o a animar el proceso compartiendo mensajes y parabienes enviados desde otras geografías. Por la falta de sueño que mostraban (en la noche era la única comisión, junto con la dedicada a la seguridad de la acampada, que seguía funcionando entre termos de café y mantas) y la excitación estresante de recibir millones de comunicaciones que indicaban que aquel proceso estaba alcanzando unas dimensiones que desbordaban en avalancha los pronósticos más optimistas.

Este grupo de trabajo se formó la primera noche de intento de acampada y posterior desalojo policial (el 17 de mayo de 2011) por cinco o seis jóvenes estudiantes de la universidad que continuaron manteniendo la dinámica militante del grupo (junto con los nuevos ingresos que se consolidaron) hasta las primeras semanas de julio, cuando dejaron la ciudad.

En la primera semana de acampada esta comisión estaba ya fuertemente consolidada. Sus componentes habían creado rápidamente unas formas de trabajo, unos protocolos de gestión de la información (qué información se derivaba a qué comisiones, qué propuestas pasaban directamente para el orden del día, qué se difundía, qué se omitía, a quiénes se contestaba primero, qué se decía cuando se contestaba, qué plataformas se habilitaban, cómo se gestionaban, etc.). Pero el volumen y la velocidad del trabajo hizo que no pudieran dedicar tiempo a integrar a nuevas y nuevos participantes. De modo que salvo que se hubiera adquirido previamente unas habilidades valiosas para el grupo que se podían poner a disposición del trabajo que se realizaba de manera autónoma, sin necesidad de preguntar casi nada, resultaba difícil permanecer en la dinámica frenética de este grupo de trabajo. Y el recambio militante, el relevo de participantes, resultó casi imposible.

Laura compartía con el resto de componentes del grupo de telemática edad, estilo de vida y una trayectoria vital anterior alejada del mundo militante; así como el hecho de estar participando en la acampada desde la primera noche de intento fallido. Además, buena parte de los componentes de este grupo fueron las primeras personas con las que ella, que acudió sola al llamado a acampar en la plaza, estableció contacto. De hecho, en las conversaciones amistosas que

demás, no era superior al que podía presentar respecto al almacenamiento, procesamiento y elaboración de alimentos la comisión de cocina.

mantuvieron esa primera noche se reconocieron mutuamente, pues ya tenían una relación de intercambio de opiniones y desarrollo de sinergias en el espacio militante virtual (Facebook y Twitter) donde Laura era muy activa. Sin embargo, Laura relatará de la siguiente manera su breve ingreso en el grupo de trabajo.

Una tarde, me permitieron, tuve el honor [risa] de estar en el grupo de telemática. Ya lo tenían todo milimetrado. ¡Un estrés! Todos estaban estresados. No acogían con la suficiente... No acogían a la gente. Entonces, te sentías un poco... Bueno, te cogían, te colocaban... Cubrí a una chica que se acababa de ir. Y me vi en un sitio... en el que... Porque los correos que llegaban tenían que etiquetarlos para que llegaran a determinadas partes de una subcomisión de telemática. Después tenías la responsabilidad de responder. Y, claro, si no tenías muy claro aquello que estabas trabajando, no podías responder. Porque llegaban correos... ¡Llegaban una burrada de correos! Pero, una burrada de todas partes, de todas las asambleas. Gente que daba información, gente que pedía información. Y, claro, me sobresaturé en un par de horas. [Risas] Y dije: - ¡Adiós! ¡Yo en telemática no!

En este caso, el cierre organizativo que produjo la no habilitación de sistemas de enseñanza-aprendizaje militante, de acogimiento y acompañamiento para una buena integración en la dinámica de trabajo grupal (que solo era posible salvar con el hecho de una incorporación previa de disposiciones técnicas muy específicas), llevó al grupo a no poder integrar nuevos ingresos o relevos puntuales. Ni si quiera, como en el caso de Laura, a participantes con posiciones sociales y estilos de vida semejantes a los suyos y competencias para manejar los dispositivos virtuales de comunicación. Esto supuso, en el tiempo de la acampada, una hiperexigencia militante que absorbió por completo la vida cotidiana de sus participantes (incluso limitando las posibilidades de ir a asearse o dormir en una cama). Más adelante, cuando en julio cuatro componentes del grupo acudieron con preocupación a la coordinadora a comunicar que volvían a sus respectivas localidades de origen y que durante el siguiente curso escolar no permanecerían en la ciudad, se hizo evidente. El grupo que sostenía todas las comunicaciones virtuales quedaba vacío. Nadie de quienes habían estado hasta entonces gestionando ese elemento tan fundamental para el movimiento continuaría haciéndolo.

5. A MODO DE CONCLUSIÓN: REFLEXIONES Y PROPUESTAS PARA HORIZONTES DE ACCIÓN INTEGRADORES

Que en un colectivo organizado, o que en determinados espacios organizativos del mismo, se den situaciones como las descritas es algo habitual. El caso contrario indicaría serios problemas en una triple dirección: a) la organización es completamente homogénea respecto a largas trayectorias escolares (la criba siguiendo este criterio se ha realizado con anterioridad) b) la cultura organizativa es compartida porque no hay nuevos ingresos y c), la más indeseable de todas,

los cierres acontecen pero nadie lo hace explícito. Es decir, hay personas que se quedan fuera de la dinámica militante, o que no pueden ingresar a la misma, pero no hay espacios democráticos ni tiempo militante donde estos cierres puedan ser señalados, por quienes los padecen o por otras personas, y revertidos.

Insistiendo en lo fundamental que se presenta para cualquier organización que pretenda sostener una apuesta emancipadora contar con una composición interna heterogénea respecto a espacios y posiciones sociales, resulta imprescindible abundar en la necesaria activación de dinámicas militantes que no solo inviten a la movilización sino que amplíen la participación permitiendo reconfiguraciones colectivas inclusivas e integradoras. Una apuesta que abre un trabajo en dos direcciones y con una doble misión: además de permitir nuevos ingresos de las más variadas posiciones y trayectorias sociales, impedir una división social del trabajo contestatario (Poupeau, 2007: 48) al interior de la organización.

Por un lado, es necesario evitar la colonización absoluta de rutinas y estructuras de funcionamiento importadas del mundo escolar, lo que requiere un esfuerzo dar espacio, reconocer y valorar otros enfoques, lógicas o conocimientos que se alejan de sus formas y tiempos (obviamente evitando una perspectiva miserabilista que no haría sino reforzar la situación). Esta apuesta en ningún caso pasará por una «simplificación» de la complejidad del análisis activando relatos de tendencia demagógica; sino precisamente por una renuncia, entre quienes acumulan más capital escolar (cultural e intelectual), del prestigio que podrían acumular en la propia organización. Es decir, dejando de movilizar las principales herramientas de distinción que son el motor mismo del proceso de acumulación de capital simbólico y, por tanto, de exclusión. Socializando el conocimiento, eliminando por completo el monopolio de la información necesaria para la toma de decisiones, suprimiendo la jerga y las prescripciones academicistas. Por el otro, es imprescindible evitar los excesos de la configuración grupal: la jerga interna (siglas, abreviaturas), una identidad grupal cerrada y/o construida en la competición con colectivos próximos y la endogamia.

Pero la voluntad colectiva por mantener abiertos los canales de la participación, aún siendo básica, no es suficiente. Es necesario que las organizaciones activen herramientas institucionalizadas en los procesos cotidianos. En primer lugar, para garantizar un espacio democrático. Pues para abordar estos cierres es indispensable que puedan ser señalados, que existan unas condiciones que garanticen la palabra franca, «la parresia» (Moreno Pestaña, 2011a: 111-113 y 2011b) posibilitando expresar el desacuerdo, activar «la voz» (Hirschman, 1970). Y en segundo lugar para garantizar que la construcción de la identidad, de las dinámicas, lógicas y modos de hacer de la organización, sean construidas también democráticamente. Sin la imposición densificada de una forma en particular, que suele ser producto de la hiperrepresentación de agentes con posiciones sociales y trayectorias homólogos.

Pero ¿cómo hacerlo?

Ciertamente no existen fórmulas que una vez activadas operen a lo largo del tiempo, pues hablamos de tensiones y derivas que deben poderse contener y abordar constantemente. Sin embargo, si existen algunas estrategias y

metodologías que las organizaciones asamblearias vienen sosteniendo con relativo éxito. Por ejemplo instancias dedicadas plenamente al tratamiento del funcionamiento de la organización (micro abierto o asambleas de voces, grupos de trabajo o comisiones de composición rotativa dedicadas a diagnosticar problemas de funcionamiento, el desarrollo de talleres de asamblearismo, etc.) que cuidan estos procesos de apertura a la participación. Pero los más significativos, por ser fórmulas institucionalizadas para la democracia interna, son los sistemas de rotación de puestos y responsabilidades o el sorteo, que suele utilizarse para tareas que nadie quiere hacer, pero que, como señala Moreno Pestaña (2015), resulta decisivo, precisamente, en las situaciones contrarias para impulsar una socialización del capital político. También, cuando con frecuencia se encuentran resistencias a asumir ciertas tareas o responsabilidades entre quienes presentan menor familiarización con las mismas (cuanto mayor sea la relevancia militante y menor el capital escolar aumentará considerablemente), las estrategias de acompañamiento de militantes con experiencia previa producen resultados significativos. Por ejemplo, en una de las células barriales más fuertes y consolidadas del Stop-desahucios local (nacida de un grupo de trabajo de la acampada y compuesta casi al completo por personas afectadas) llevan implementando con éxito estas estrategias que les han permitido, no solo integrar rápidamente a las familias afectadas que se acercan por primera vez al trabajo militante y, por lo tanto, a la socialización grupal (el único requisito que plantea el colectivo para prestar su ayuda es, precisamente, la implicación activa); sino incluso poder prescindir, para la mayoría de tramitaciones legales y negociaciones con las entidades, del abogado que colabora con la organización.

Como hemos propuesto en otro lado (Carballo y Razquin, 2014) en la dirección de los beneficios de la socialización del capital político planteada por Moreno Pestaña, este tipo instrumentos son indispensables, además de para mantener organizaciones abiertas y alejarse de una división social del trabajo militante, para redistribuir las retribuciones militantes (Gaxie, 1997). Algo fundamental en la consolidación de organizaciones no jerarquizadas (Castoriadis y Mothé, 2008: 47-53); de organizaciones, solo entonces, horizontales.

6. BIBLIOGRAFÍA

- BERTAUX, D. (2005): Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica, Barcelona, Bellaterra.
- BOLTANSKI, L. (2000): El amor y la justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción, Buenos Aires, Amorrotu editores.
- BOURDIEU, P. (1987): «Los Tres Estados del Capital Cultural», *Sociológica*, 2, 5, pp. 11-17.
- BOURDIEU, P. (1997): Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción, Barcelona, Anagrama.
- BOURDIEU, P. (2000a): *Propos sur le Champ Politique*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon.
- BOURDIEU, P. (2000b): «Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y

- capital social», Poder, derecho y clases sociales, Bilbao: Descleés de Brouwer.
- BOURDIEU, P. (2012a [1979]): La distinción. Criterios y bases sociales del gusto, Barcelona, Taurus.
- BOURDIEU, P. (2012b): Sur l'État. Cours au Collège de France (1989-1992), París, Raisons d'agir/Seuil.
- BOURDIEU, P. y L. WACQUANT (2005): Una invitación a la sociología reflexiva, Madrid, Siglo XXI.
- CARBALLO, F. M. (2013): «Los movimientos de parados en el espacio de los movimientos sociales por el empleo», *El Viejo Topo*, 306-307, pp. 66-69.
- CARBALLO, F. M. y A. RAZQUIN (2014): «Jerarquía y retribuciones militantes en partidos políticos y movimientos sociales», Seminario Democracia y Movimientos Sociales, Sevilla.
- CASTORIADIS, C. Y D. MOTHÉ (2008): «Autogestión y Jerarquía», en *El pensamiento de Castoriadis*, vol. 1, Ediciones Proyecto Revolucionario, pp. 47-53.
- CLEMENS, E. (1999): «La organización como marco: identidad colectiva y estrategia política en el movimiento sindicalista norteamericano (1880-1920)», en *Movimientos sociales: perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones Itsmo, pp. 288-319.
- CRESS, D. M. y D. A. SNOW (2000): «The Outcomes of Homeless Mobilization: The Influence of Organization, Disruption, Political Mediation, and Framing», *The American Journal of Sociology*, 105, 4, pp. 1063-1104.
- GAXIE, D. (1977): «Économie des partis et rétributions du militantisme», *Revue française de science politique*, 27, 1: 123-154.
- HIRSCHMAN, Albert. O. (1970): *Exit, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*, Cambridge (Massachusetts), Harvard University Press.
- MATHIEU, L. (2004a): *Comment lutter? Sociologie et mouvements sociaux*, Paris, Textuel.
- MATHIEU, L. (2004b): «Notes provisoires sur l'espace des mouvements sociaux. Des nouvelles mobilisations à `Nous sommes la gauche `», *Contretemps*, 11, pp. 51-60.
- MAUGER, G. (2013): *Repères pour résister à l'ideologie dominante*, Bellecrombe-en-Bauges, Éditions du Croquant.
- McADAM, D., S. TARROW y C. TILLY (2005): *Dinámica de la contienda política*, Barcelona, Hacer Editorial.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2011a): *Foucault y la política*, Madrid, Tierradenadie Ediciones.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2011b): «Pensar la palabra libre con Michel Foucault: una etnografía de las asambleas del 15-M», *Pasajes: revista de pensamiento contemporáneo*, 36, pp. 89-99.
- MORENO PESTAÑA, J. L. (2015): «El sorteo o la socialización del capital político», *El Viejo Topo*, 327, pp. 52-59.
- ORTÍ, A. (1986): «La apertura y el enfoque cualitativo o estructural: la entrevista abierta semidirectiva y la discusión de grupo», en *El análisis de la realidad social. Métodos y técnicas de investigación*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 219-283.
- PASSERON, J. C. (1982): «L'inflation des diplômes. Remarques sur l'usage de quelques concepts analogiques en sociologie», *Revue française de sociologie*, 23, 4, pp. 551-584.
- POLLETTA, F. y M. K. HO (2006): «Frames and Their Consequences», en *The Oxford*

- Handbook of Contextual Political Analysis, Oxford, Oxford University Press, pp. 187-209.
- POUPEAU, F. (2007): *Dominación y Movilizaciones. Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar*, Córdoba, Ferreyra Editor.
- RAZQUIN, A. (2014): *Tomar la palabra en el 15M: condiciones sociales de acceso a la participación en la asamblea. Un estudio de caso*, Tesis Doctoral, Departamento de Historia, Geografía y Filosofía, Universidad de Cádiz.
- RAZQUIN, A. (2015): «La dimensión on-line en la vida social del movimiento 15M. Una aproximación etnográfica», *Revista Redes.com*, 11, pp. 274-310.
- WAGNER, A. C. (2004): «Les conditions sociales et institutionnelles de l'internationalisation des militants syndicaux», *Actes de la recherche en sciences sociales*, 155, pp. 12-33.
- ZDRAVOMYSLOVA, E. (1999): «Oportunidades y creación de marcos interpretativos en la transición a la democracia: el caso de Rusia», en *Movimientos sociales perspectivas comparadas*, Madrid, Ediciones Itsmo, pp. 182-202.

